
la causa de la ciencia. cómo la historia social de las ciencias sociales puede servir al progreso de estas ciencias¹

pierre bourdieu

La historia social de la ciencias sociales no es una especialidad como cualquier otra, en tanto sirve de instrumento privilegiado de la reflexión crítica, condición imperativa de la lucidez colectiva e individual. Sin duda, ella puede servir al resentimiento y a la mala fe, cuando lo que se busca son sólo las satisfacciones sin peligro de la indignación y la denuncia retrospectivas, o el beneficio asegurado de una defensa sin riesgo de las buenas causas desaparecidas. Sin embargo, sólo alcanza su verdadera justificación cuando logra develar los supuestos básicos de las empresas científicas del pasado, perpetuados —a menudo en forma implícita— a través de la herencia científica colectiva, los problemas, los conceptos, los métodos o las técnicas.

Sólo la anamnesia que permite el trabajo histórico puede evitar la amnesia sobre la génesis de este legado —convertido en lo esencial, en *doxa* disciplinaria—, a la que por fuerza lleva la relación rutinaria con el mismo. Sólo ella ofrece al investigador medios para comprender sus compromisos intelectuales más íntimos, como la adhesión —casi siempre tácita— a las tesis antropológicas y metodológicas (especial-

¹ El presente texto recoge partes de la comunicación presentada por el autor en el coloquio sobre «Teoría social y nuevos temas en una sociedad en proceso de cambio» (Chicago, 1989), publicada bajo el título de «Epílogo: sobre la posibilidad de un campo de Sociología Global», en P. Bourdieu y J. Coleman (editores), *Social Theory for a Changing Society*, Boulder-San Francisco-Oxford, Westview Press, New York, Rousell Sage Foundation, 1991.

mente en materia de filosofía de la acción), o como sus simpatías y antipatías epistemológicas hacia determinados autores, modos de pensar y formas de expresión. Ella es, en fin, el instrumento de crítica más indispensable y despiadado frente a las pasiones e intereses que pueden esconderse tras la apariencia irreprochable de la metodología más rigurosa.

La ciencia social tiene el privilegio de poder tomar como objeto de estudio su propio funcionamiento y de facilitar así la toma de conciencia sobre los condicionantes que inciden sobre la práctica científica; es decir, puede valerse de la conciencia y el conocimiento que tiene sobre sus propias funciones y su funcionamiento, para tratar de levantar algunos de los obstáculos al progreso de la conciencia y del conocimiento en general. Lejos de minar sus fundamentos —como a menudo se dice— esta ciencia reflexiva, al condenar el relativismo, puede, al contrario, proporcionar los principios de una *Realpolitik* científica, que permita asegurar el progreso de la razón científica.

La situación ambigua de la ciencia social

El campo científico es un microcosmos social parcialmente autónomo respecto de las necesidades del macrocosmos en el cual está inserto. En un sentido, se trata de *un mundo social como los demás* que conoce, como el campo económico, de relaciones de fuerza y de luchas de interés, de coaliciones y monopolios, y hasta de imperialismos y nacionalismos. Pero en otro sentido —y pese a lo que digan los defensores del «programa fuerte» en sociología de la ciencia—, se trata también de *un mundo aparte*, dotado de sus propias leyes de funcionamiento.

Todas las propiedades que el campo científico tiene en común con los otros campos, revisten en él *formas específicas*. Así, por ejemplo, la competencia que en él se da, por encarnizada que sea, permanece sometida, si no a reglas explícitas, sí, al menos, a regulaciones automáticas como las que resultan del *control cruzado entre los competidores* y que permiten convertir intereses sociales como el apetito de reconocimiento en «intereses del conocimiento».

La *libido dominandi*, que hace parte siempre de la *libido sciendi*, es convertida así en *libido scientifica*, en amor puro por la verdad, al que la lógica del campo —funcionando como instancia de censura y principio de sublimación— le asigna sus objetos legítimos y las vías legítimas para alcanzarlos. Es decir, aun cuando las pulsiones sublimadas que definen esta *libido* específica se aplican a objetos que son en sí muy depurados, por muy violentas que sean, son inseparables —en su existencia misma y en la forma de aplacarlas— de la aceptación práctica de las exigencias que se basa en el funcionamiento social del campo donde pueden satisfacerse.

Es por ello que el rigor de los productos científicos depende fundamentalmente del rigor de los condicionantes sociales específicos

que rigen su producción; o, más exactamente, del grado de independencia que guarden las reglas o las regularidades que gobiernan el microcosmos científico —aquellas que determinan las condiciones en las que las construcciones científicas se producen, comunican, discuten o critican— frente al mundo social y sus demandas, sus expectativas o sus exigencias.

El campo de las ciencias sociales está en una situación muy diferente de los demás campos científicos. Por el hecho de tener al mundo social por objeto y de pretender producir una representación científica del mismo, el especialista compite allí no sólo con sus colegas sino también con los profesionales de la producción simbólica (escritores, políticos, periodistas) y, en general, con todos los agentes sociales que buscan imponer su visión del mundo social, con desiguales fuerzas simbólicas y con distinto éxito (usando desde el chisme, la maledicencia, el insulto o la calumnia hasta los libelos, panfletos o tribunas libres, sin mencionar otras formas de expresión colectivas e institucionalizadas, como el voto).

Esta es una de las razones por las que al cientista social no le es tan fácil como a otros científicos alcanzar que se le reconozca el monopolio del discurso legítimo sobre su objeto, algo que él reivindica por definición, al pretender la científicidad. En cambio, sus competidores externos, y a veces también internos, pueden apelar siempre al sentido común (contra el cual se yergue la representación científica del mundo) e incluso al modo de validar opiniones que se usa en política (como cuando la demagogia populista por querer dar a todos el poder y el derecho de juzgarlo todo, tiende a anular la autonomía del propio campo político).

Así, desde este punto de vista del grado de autonomía frente a los poderes externos —públicos o privados— la ciencia social se sitúa a mitad de camino entre dos límites: por un lado, el de los campos científicos más «puros», como las matemáticas, donde los productores sólo tienen como posibles clientes a sus competidores (que, por compartir las mismas aptitudes e intereses, están poco dispuestos a aceptar sus productos sin previo examen); y, por otro, el de campos como el político, el religioso o incluso el periodístico, donde el juicio de los especialistas está cada vez más sometido al veredicto del número en todas sus formas (sondeo, plebiscito, volumen de ventas o rating de audición), y donde se otorga al profano el poder de escoger entre productos que no está necesariamente en capacidad de evaluar (y menos aún, de producir).

Nos encontramos, pues, frente a dos lógicas totalmente opuestas: por un lado, la del campo político, donde la fuerza de las ideas depende en general de la fuerza de los grupos que las aceptan como verdaderas, y por otro, la del campo científico, que en su estado más puro no conoce ni reconoce sino «la fuerza intrínseca de la idea verdadera» de la que hablaba Spinoza.

En el campo científico, donde los debates no se resuelven por medio del enfrentamiento físico, ni por decisión política ni por el voto,

la fuerza de la argumentación depende en gran parte, sobre todo cuando el campo está fuertemente internacionalizado, de la conformidad de las propuestas o los procedimientos con las reglas de coherencia lógica y de compatibilidad con los hechos.

En el campo político, en cambio, las que triunfan son las propuestas que Aristóteles (en *Los tópicos*) llamaba *endóxicas*; es decir, aquellas con las que obligatoriamente hay que contar porque a la gente que cuenta le gustaría que fuesen verdaderas; porque, al participar de la *doxa*, del sentido común, de la visión ordinaria (que es la más extendida y más ampliamente compartida), están respaldadas por el número. En tal virtud, aunque se tratase de ideas totalmente contrarias a la lógica o a la experiencia, esas «ideas-fuerza» pueden imponerse porque cuentan con la fuerza de un grupo y porque, aun no siendo verdaderas —y ni siquiera probables—, son *plausibles* en el sentido etimológico del término, es decir, son susceptibles de recibir la aprobación y el aplauso de la mayor cantidad de gente.²

Los dos principios de jerarquización

De lo anterior se desprende que, tanto en el campo de las ciencias sociales como en el literario —donde lo «puro» y lo «comercial» se enfrentan—, los productores pueden referirse a dos principios de jerarquización y legitimación, el científico y el político, que se oponen sin que ninguno de ellos llegue a establecer un claro dominio en ese campo.

Así, por ejemplo, a diferencia de lo que sucede en los campos científicos más autónomos (donde ya nadie pretendería afirmar que la Tierra no gira), algunas propuestas que son inconsistentes lógicamente o incompatibles con los hechos, pueden perpetuarse y aun prosperar —al igual que quienes las defienden— con sólo estar investidas, al interior y al exterior del campo, de una autoridad social capaz de compensar su insuficiencia o insignificancia. Algo similar puede ocurrir con los problemas, los conceptos o las taxinomias; como cuando ciertos investigadores convierten algunos problemas *sociales* en *sociológicos*, o cuando trasladan al lenguaje científico conceptos (*profesión*, *rol*, etc.) o taxinomias (*individual/colectivo*, *achievement/ascription*, etc.) directamente sacados del uso ordinario, o cuando consideran como instrumentos de análisis nociones que el propio análisis debería justificar.

Es necesario, pues, interrogarse sobre los obstáculos sociales —de los que no se libran ni los campos científicos más autónomos—

² La ambigüedad de algunas discusiones públicas con pretensión científica aparece de pronto, cuando el público deja el rol pasivo que usualmente se le asigna para manifestar su aprobación a uno u otro de los expositores por medio de aplausos más o menos prolongados; y la violencia de la intrusión tiránica —en el sentido que le daba Pascal— de los profanos estalla cuando uno de los expositores recurre al procedimiento retórico que Schopenhauer consideraba como típicamente desleal y que consiste en dirigir a su adversario un argumento que no podría responder sino empleando términos incomprensibles para los espectadores.

que se oponen a la instauración del *nomos* científico como el criterio exclusivo de evaluación de las prácticas y los productos de las ciencias sociales; es decir, que se oponen a la autonomía científica de éstas y al pleno dominio en ellas del principio científico de evaluación o jerarquización.

La raíz común de todos estos obstáculos es el conjunto de factores que pueden impedir el juego de la *libre competencia científica entre pares*, es decir, entre quienes tienen un dominio mínimo de los logros colectivos de la ciencia social. Tal dominio es el que constituye la condición de ingreso a los debates propiamente científicos; en otros términos, es lo que favorece el ingreso al juego, como jugadores pero también como árbitros (a través, por ejemplo, de cierta crítica periodística) frente a los intrusos que, careciendo de esta competencia, tienden a introducir normas extrínsecas de producción y de evaluación, como la del sentido común o la del «sano juicio».

Así, los conflictos que se producen en las ciencias sociales (y que a veces se invocan para rehusarles el rango de ciencias) pueden pertenecer también a dos categorías totalmente distintas. Una, la de los conflictos propiamente científicos y la otra, la de los conflictos políticos como una dimensión científica.

En los conflictos propiamente científicos, los que se apropiaron de los logros colectivos de su ciencia se oponen entre ellos según la lógica constitutiva de la problemática y de la metodología directamente originada en esta herencia que los mantienen unidos hasta en sus luchas para conservarla o superarla (nunca le son más fieles que cuando se producen rupturas acumuladas con ella; rupturas cuya posibilidad y necesidad ella porta en sí misma). Ellos se afrontan en una discusión regulada en la que pone en juego problemáticas rigurosamente *explícitas*, conceptos claramente definidos y métodos de verificación inequívocos.

En los conflictos políticos con una dimensión científica, es decir socialmente inevitables y científicamente analizables, los productores científicamente dotados son llevados a enfrentar a otros que, por razones diversas (como la edad, insuficiencias de formación o ignorancia de las exigencias mínimas del oficio de investigador), carecen de instrumentos específicos de producción y —por lo mismo— están a la vez más cerca de las expectativas de los profanos y en mayor capacidad de satisfacerlas (he ahí la razón de la espontánea complicidad que se establece entre ciertos investigadores caducos, desclasados o desprovistos y algunos periodistas que, al desconocer las problemáticas específicas, reducen las diferencias de competencia a diferencias de opinión —política, religiosa, etc.— mutuamente relativizables).³

³ Los dos principios de diferenciación no son completamente independientes: las disposiciones conformistas que tienden a aceptar el mundo como es, o las disposiciones contestatarias o rebeldes que llevan a resistir los condicionamientos sociales, internos y —sobre todo— externos, y a romper con las evidencias más ampliamente aceptadas dentro y fuera del campo, ciertamente no se distribuyen al azar entre los ocupantes de las distintas posiciones en el campo y entre las trayectorias que tomaron para acceder a ellas.

Consenso político y conflicto científico

En el conflicto propiamente científico, no hay nada —ningún objeto, ninguna teoría, ningún hecho— que pueda ser excluido de la discusión mediante una prohibición social, pero tampoco ningún arma puramente esencial, ni argumento de autoridad, ni simple poder universitario, está vedado, de hecho ni de derecho, como recurso del que se puede echar mano en la discusión.

Es por ello que, pese a las apariencias, nada dista más de esta guerra de todos contra todos, cuyas armas y cuyos golpes legítimos se encuentran rigurosamente normados, que el *working consensus* de la ortodoxia académica. Esta ortodoxia académica es la que trataron de establecer los sociólogos americanos en los años sesenta y, en cierta medida, los defensores franceses de la «Nueva Historia» apoyándose en poderes propiamente sociales y en primer lugar en instituciones de enseñanza, en los lugares de publicaciones oficiales, en las asociaciones profesionales e incluso en el acceso a los recursos necesarios a la investigación empírica.

Si bien hay que evitar ver allí el principio determinante de tales construcciones de la ortodoxia, cabe decir que la indiferencia ética y política de un conservadurismo bien educado (la cual puede aparecer como un distanciamiento «objetivo» del observador imparcial) sólo puede reconocerse o plasmarse en construcciones teóricas y metodológicas que garantizan el respeto por la evocación mullidamente consensual y, de manera más general, en toda forma de discurso, que por su formalismo, puede hablar del mundo social, en la lógica de la denagación como si no hablara de él, o que, por su positivismo tiende a contentarse con un registro sin problemas de lo dado tal cual se presenta.⁴

Fue así como los sociólogos americanos creyeron encontrar en las teorías de Parsons o Merton y en la metodología de Lazarsfeld, el cuerpo unificado de doctrina sobre el cual se podía establecer la *communis doctorum opinio* de un cuerpo serio de «profesionales» que hacían *alarde* de lo que se consideraba la característica más importante de una ciencia digna de este nombre: el consenso de la «comunidad científica».⁵ En realidad, la adhesión tácita a los supuestos indiscutidos

⁴ Se podría mostrar, por ejemplo, que la economía neoclásica tiene algunas de las principales características de una ortodoxia que hace alarde de científicidad (con la especial eficacia que le confiere la formalización matemática) como por ejemplo, la aceptación tácita de supuestos indiscutidos sobre puntos fundamentales (en teoría de la acción, por ejemplo).

⁵ La teoría de las profesiones tal como está expresada, por ejemplo, en el artículo de Parsons escrito bajo este título para *The International Encyclopeddy of Social Sciences* (ed. 1968, pp. 536-546) puede ser leída como una profesión de fe profesional de esos «profesionales» que pretenden ser los sociólogos del *establishment*; caracterizados, según Parsons, por su formación intelectual y por una autoridad que descansa más en la experiencia que en el poder político. los profesionales están libres de toda dependencia frente al Estado y la burocracia gubernamental y se guían sólo por la preocupación del *common good*. Esta *collectivity-orientation*, este «desinterés» y este «altruismo», que puede asegurarles las más altas recompensas materiales y simbólicas, que mencionan la mayoría de las definiciones de las profesiones se encuentran también en la representación de Merton del universo científico. En síntesis, la noción preconstruida de *profesion*, *radly made* conceptual que ha dado lugar a un sinnúmero de comentarios y críticas es menos la descripción de una realidad social que una contribución práctica a la construcción de la sociología como profesión y profesión científica.

sobre los que reposa la autoridad de los cuerpos de doctores —teólogos, juristas y aún historiadores (en especial de la literatura, del arte y de la filosofía, poco afectos a hacer la historia de la formación de su propio corpus)—, es diametralmente opuesta a su acuerdo explícito, tanto sobre el objeto e importancia de los desacuerdos como sobre los métodos y procedimientos a utilizar para resolverlos, que está en la base misma de funcionamiento de los campos científicos.

En efecto, el *working consensus* de una ortodoxia que se basa en la complicidad social de los doctores tiende a ejercer una *censura social* (disfrazada de control científico), bien sea de modo enteramente directo, como en las interdicciones —a veces explícitas— en materia de publicación y citación, o de modo más soterrado, como en los procesos de reclutamiento. En estos últimos al privilegiar —por medio de conexiones y del *lobbying*— criterios sociales más o menos disfrazados de científicos o académicos, tiende a reservarse la nominación en las posiciones más favorables a la producción —y, en consecuencia, a la competencia— científica a ciertas categorías de agentes definidas en términos puramente sociales (como los de poseer diplomas prestigiosos o determinadas posiciones sociales en la enseñanza o en la investigación) o, al contrario, tiende a excluirse *a priori* de dicha nominación a otras categorías, como mujeres, jóvenes o extranjeros, por ejemplo.⁶

Aun cuando las profundas transformaciones producidas en las ciencias sociales —especialmente por efecto del considerable aumento en el número de los que las practican y las estudian⁷— han contribuido, sin duda, al desmoronamiento de la ortodoxia, sus consecuencias no están exentas de ambigüedad. Así, los efectos *liberadores* que han podido ejercer tanto la aparición de una pluralidad de principios rivales de visión como la intensificación correlativa de la competencia estrictamente científica, han tenido como contraparte en los diferentes campos nacionales, por un lado, el refuerzo de los factores de heteronomía ligados a la creciente dispersión de los «especialistas» (poco favorable a una discusión regulada entre pares) y, por otro, el aumento correlativo de la vulnerabilidad frente a las presiones, demandas y conminaciones

⁶ Al no poder tomar ejemplos del campo francés actual (donde aquellos que —so capa de liberalismo— están entregados a prácticas dignas de regímenes más autoritarios serían los primeros en denunciar como «totalitaria» toda denuncia de tales prácticas) cabría citar aquí el pasaje del famoso discurso sobre la «vocación y el oficio de intelectual», donde Max Weber plantea la pregunta, usualmente reservada a las conversaciones privadas, de saber por qué las universidades y las instituciones de investigación no siempre seleccionan a los mejores. Apartándose de la tentación de imputar a personas —tales como «los pequeños personajes de las facultades y los ministerios»— la responsabilidad de que «tantos mediocres jueguen realmente un papel en las universidades», invita a buscar las razones de esta situación «en las leyes mismas de la acción concertada de los hombres», es decir, en aquellas que, así se trate de elegir a un papa o a un presidente americano, llevan casi siempre a seleccionar «al candidato número dos o tres», y concluye no con poca ironía que «De lo que hay que asombrarse no es que, en esas condiciones, las equívocas sean frecuentes sino más bien que [...] se constate, a pesar de todo, un número tan considerable de nominaciones justificadas» (M. Weber, *Le savant et le politique*, París, Plon, 1959, pp. 66-67).

⁷ Howard S. Becker, en «What's Happening to Sociology?», un capítulo de su libro *Doing Things Together* (Evanston, Northwestern University Press, 1986, p. 209), observa que el número de sociólogos censados por la American Sociological Association pasó de 2,354 en 1950 a 15,567 en 1978. En Francia, igualmente, habrían pasado de unos 200 a unos 1,000 en el mismo periodo (la Asociación de Sociólogos, con una definición muy amplia, registra 1,678 miembros, públicos o privados). Para ser más precisos, en 1949 el CNRS sólo contaba con 18 sociólogos; en 1967 había 112 en el CNRS, 135 en la Escuela Práctica de Altos Estudios y 290 en los centros privados de investigación (más de 500 en total); y en 1980 se registraban 261 sociólogos miembros sólo en el CNRS.

externas que —como en todos los campos— afecta especialmente a los más desprovistos de un capital específico.⁸

En resumen, aun cuando el sistema artificialmente unificado y jerarquizado de los años cincuenta dio paso a un sistema «policéntrico» —como dice Becker— y más difícil de controlar (a causa de su fragmentación y diversificación), el funcionamiento del campo sigue pareciéndose, en Estados Unidos como en Francia, más a un campo artístico en vías de emanciparse de las tutelas académicas (en el cual los adversarios pueden hasta rehusarse mutuamente el derecho de existir), que a un campo científico avanzado.⁹ Tan es así, que —en Francia al menos— sigue imponiéndose a los especialistas de las ciencias sociales (en especial a través de la demanda de «maestros en pensar») el modelo literario del «creador» (singular, original, libre de todo lazo de grupo o de escuela) así como las normas de la elegancia, y las del cambio permanente dentro de la continuidad, propias del campo de la moda y la alta costura.

Es debido a la debilidad de los mecanismos que podrían imponer a los participantes un mínimo de reconocimiento mutuo —o, lo que es lo mismo, la obediencia a una especie de leyes de la guerra— que la confrontación entre las diferentes tradiciones toma todavía demasiado a menudo la forma de una guerra total (Randall Collins habla de «guerras de metateorías»), donde todo golpe vale; sea el golpe del desprecio que evita tener que discutir y refutar o los golpes de fuerza basados en el recurso a poderes sociales (como la supresión del créditos o de puestos, la censura, la difamación, el recurso al poder periodístico, etc.).

⁸ Los cambios morfológicos que resultan de la abolición del *numeros clausus* —de hecho o de derecho— que protege a un cuerpo asegurando la escasez de sus miembros, si no son (como a menudo ocurre) causa directa de la transformación de los campos de producción cultural, al menos constituyen la mediación específica a través de la cual dejan sentir sus efectos los cambios económicos y sociales. A su vez, la forma e intensidad de los cambios morfológicos, y los efectos que producen, dependen de la situación estructural del campo en el cual se dan. Es por ello que hay que descartar —como un caso típico de error por corto circuito— la explicación que relaciona directamente los cambios acaecidos en un campo especializado como el de la sociología con cambios globales como el de la prosperidad de posguerra (N. Wiley, «The Current Interregnum in American Sociology», *Social Research*, vol. 52-1, primavera 1985, pp. 179-207, en especial p. 183); o también los cambios verificados tanto en sociología como en historia en la Francia y la Alemania de los años setenta, con las transformaciones de humor político del 68, ligadas más bien a cambios morfológicos en los campos de producción especializados y a innovaciones intelectuales favorecidas o regidas por los efectos de estos cambios.

⁹ Los sociólogos cuantitativistas, que evocan con orgullo su «revolución matemática» así como su alto nivel alcanzado en las técnicas estadísticas, a veces engloban —con igual desprecio— a todos los demás especialistas como una simple minoría no cuantitativista que les resulta tan irrisoria como absurda. Los sociólogos marxistas, con la seguridad que les da el hecho de ya no ser dejados en el olvido, desechan el «positivismo» como el reflejo de una época histórica superada. Los sociólogos históricos (que pueden también ser marxistas) abogan por la unicidad de las configuraciones históricas y por la necesidad de enraizar todo objeto en su verdadero lugar, dentro de secuencias históricas totalmente específicas. Los etnometodólogos descartan la sociología del «macrocosmos» como una palabrería carente de toda justificación. Una especie particular de estructuralismo fenomenológico —humanista y parisino— y otras «posiciones» demuestran con el vigor de ciertos refinamientos filosóficos (y una buena dosis de desprecio hacia sus adversarios filosóficamente analfabetos) que sólo su método permite una comprensión adecuada del mundo social (R. Collins, «Is 1980s Sociology in the Doldrums?», *American Journal of Sociology*, vol. 91-6, mayo 1986, pp. 1.336-1.355, esp. p. 1.341).

Los efectos ambiguos de la internacionalización

¿Qué mecanismos podrían contribuir, entonces, a hacer que las relaciones de fuerza científicas se establezcan sin ninguna intrusión de las relaciones de fuerzas sociales? ¿Cómo hacer para abolir o debilitar la dualidad de los principios de jerarquización que, como se ha visto en Francia, mantienen a los investigadores de mayor reconocimiento científico —en su país y, sobre todo, en el exterior— alejados de las posiciones de poder sobre la reproducción del cuerpo de profesores e investigadores y, por lo mismo, sobre el porvenir del campo científico y de su autonomía¹⁰? ¿Sobre qué fuerzas y mecanismos sociales podrían apoyarse las estrategias científicas individuales y —sobre todo— colectivas que buscan instaurar realmente entre los investigadores mejor dotados, los instrumentos más universales del momento, o la *confrontación universal*, que es la condición de avance de lo universal?

De donde cabría esperar la contribución más eficaz para el progreso de la autonomía científica es, sin duda, de una verdadera internacionalización del campo de las ciencias sociales. En efecto, las presiones de la demanda o el condicionamiento sociales se ejercen sobre todo a escala del país, a través de las diversas solicitaciones e incitaciones —materiales y simbólicas— que son propias del espacio nacional. Así, dado que la mayor parte de los poderes sociales (periodísticos, universitarios, políticos, etc.) que falsean o contaminan la lucha científica no existen ni subsisten sino a nivel nacional (la principal oposición que se observa en los campos académico-científicos es la que se da entre los «nacionales» —que detentan el poder sobre la reproducción— y los «internacionales»), la mayoría de las oposiciones ficticias que dividen a los investigadores provienen de divisiones locales o de versiones locales de divisiones más generales.

En realidad, si bien el campo de las ciencias sociales fue siempre internacional, lo ha sido sobre todo para lo peor y rara vez para lo mejor. En primer lugar, porque, aun en las ciencias más puras (donde se ejerce, por ejemplo, una concentración casi monopolística de las instancias de publicación y de consagración) el campo internacional puede dar lugar a fenómenos de dominación e incluso a formas específicas de imperialismo. Y en segundo lugar, porque los intercambios —y muy especialmente los préstamos— se realizan sobre todo sobre la base de homologías estructurales, entre las posiciones ocupadas en diferentes campos nacionales (es decir, casi exclusivamente entre los dominantes o entre los dominados, con efectos análogos de distorsión y de malentendido al interior de ambos sub-espacios). Todo parece indicar, pues, que los obstáculos sociales al *libre intercambio generalizado* se han visto reforzados bajo el influjo de una suerte de institucionalización de las divisiones de base política.

¹⁰ P. Bourdieu, *Homo academicus*, París, Ed. de Minuit, 1988.

En los años cincuenta, algunos de los sociólogos temporalmente dominantes podían constituir una internacional invisible, fundada sobre afinidades que tenían más carácter social que intelectual y que servían de base a una ortodoxia. Hoy en día, en cambio, por efecto del contragolpe de los movimientos estudiantiles de fines de los años sesenta y del traumatismo colectivo que provocaron —desde Berkeley hasta Berlín— en toda una generación de profesores, las *conexiones* hasta entonces informales se transformaron en redes organizadas en torno a fundaciones, revistas o asociaciones, y el conservadurismo bien educado de los guardianes de la ortodoxia se transformó en las profesiones de fe explícitas y en los manifiestos *ultras* de una verdadera internacional reaccionaria.¹¹

Lo que es nuevo, es que también existe —aunque en un estado virtual e inorganizado— una internacional de *outsiders* integrada por todos aquellos que tienen en común el ser marginales frente a la corriente dominante (como los miembros de los movimientos de minorías étnicas o sexuales). Estos «marginales», a menudo nuevos profesionales, introducen en el campo disposiciones subversivas y críticas que —aunque no siempre hayan pasado por una suficiente crítica científica— los mueven a romper con las rutinas del *establishment* académico.

En su lucha contra la ortodoxia —o contra lo que la haya sustituido en cada país— ellos recurren a menudo a armas que toman prestadas de movimientos extranjeros, y así contribuyen también a la internacionalización del campo de las ciencias sociales¹², aun cuando la selección y la percepción del préstamo estén tan distorsionadas por los intereses ligados a la posición que ocupen en el campo de acogida (el cual, a su vez, se estructura según categorías de percepción y apreciación asociadas a una tradición nacional) que escogen con frecuencia armas que son totalmente inadecuadas. Después de todo, como la circulación de las obras es independiente de su contexto, puede ocurrir que trabajos que fueron concebidos en relación a un determinado espacio de toma de posiciones, al tomarlos prestados, sean referidos a categorías de percepción construidas en relación con otro espacio totalmente distinto (estructurado por otros nombres propios y con otros «ismos» escolares; o con los mismos pero cargados de significaciones diferentes, etc.).

Es por ello que, lejos de contribuir automáticamente al avance hacia un grado superior de universalización, mientras la evolución hacia una mayor unidad en el campo internacional de las ciencias sociales se base en la internacionalización de sus luchas intestinas, lo único que se hará será contribuir a la difusión a escala universal (para evitar el término particularmente vicioso de «mundialización») de esas opo-

¹¹ En estas redes se basan los intercambios de servicios (invitaciones, reseñas, subvenciones) que hacen, por ejemplo, que el recurso a jueces internacionales —en particular en los procedimientos de cooptación— no siempre sea una garantía de universalidad.

¹² En general, las importaciones procuran las mejores armas en los conflictos internos de los campos nacionales, en especial cuando se trata de desacreditar una posición ya establecida, de acreditar una nueva posición o de acelerar el proceso siempre difícil de acumulación inicial; es decir, cuando se trata de subvertir la jerarquía social vigente y de imponer nuevas leyes de formación de los precios (es conocido, por ejemplo, el uso que los «cosmopolitas» —reales o supuestos— pueden hacer en las polémicas de la idea del «atraso» nacional).

siciones ficticias que son tan profundamente funestas para el progreso de la ciencia.

Tales, por ejemplo, la oposición entre métodos cuantitativos y cualitativos, o entre lo macro y lo micro, o entre los enfoques estructurales y los históricos, o entre las visiones hermenéuticas o internalistas (el «texto») y las visiones externalistas (el «contexto»). Igualmente, la oposición entre la visión objetivista (usualmente asociada con el uso de la estadística) y la visión subjetivista (interaccionista o etnometodológica) o, más exactamente, entre un estructuralismo objetivista, interesado en captar estructuras objetivas a través de técnicas cuantitativas más o menos sofisticadas (como el *path analysis*, *network analysis*, etc.), y todas las formas de constructivismo que (desde Blumer hasta Garfinkel, pasando por Goffman) han tratado de reinterpretar —por métodos llamados cualitativos— tanto la representación que los agentes se hacen del mundo social como la contribución que hacen en su construcción. Todo ello, sin mencionar la oposición —especialmente dramática en Estados Unidos— entre una «empiría» a menudo microfénica (poco intelectual) y aislada de las interrogantes teóricas fundamentales y una «teoría» entendida como una especialidad aparte, y reducida —las más de las veces— a una compilación comentada de autores canónicos o a *trend reports* escolares, de trabajos mal leídos y mal asimilados.

Si las instancias internacionales realmente fuesen —como podrían y deberían serlo— un instrumento de racionalización científica, deberían promover una encuesta internacional (al menos en su objeto) sobre los factores sociales (sexo, edad, origen social, carrera escolar, rango universitario, competencia técnica específica, etc.) que determinan la «elección» entre los términos de esas oposiciones «teóricas» y «metodológicas» que no hacen sino introducir entre los investigadores divisiones que son totalmente ficticias desde el punto de vista científico. Tal encuesta, sin duda, mostraría (no hay ningún riesgo en plantear esta hipótesis aparentemente arriesgada) que muchas de esas oposiciones no tienen más fundamento que las divisiones sociales que se dan al interior del campo de las ciencias sociales, las cuales, a su vez, expresan —de forma más o menos refractada— oposiciones de origen externo.

Soy consciente de que tampoco corro un grave riesgo si predigo que tengo poca probabilidad de ser escuchado por los responsables de aquellas instancias: ¿por qué esos responsables habrían de molestarse en dar funciones reales a dichas instancias para justificarlas, cuando, para ellos, el solo hecho de permitirles existir es ya suficiente justificación? Sin embargo, es razonable esperar que el día en que algún joven investigador encolerizado realice esta pregunta, se hará regresar a tierra —en la lógica de las pasiones e intereses que correspondan al lugar que cada quien ocupe dentro del campo— las tomas de posición («teóricas» o «epistemológicas») sobre las grandes alternativas en las cuales los investigadores proyectan, en cada momento y de manera directa o inversa (como los hombres en su Dios al decir de Feuerbach), las privaciones ligadas a su finitud científica.

Desde el punto de vista del principio de diferenciación social, lo que hace que sea realmente difícil (y aun arriesgado) cuestionar las oposiciones sociales presentadas como oposiciones epistemológicas, es que sus términos (lo macro y lo micro, por ejemplo) rara vez están en el mismo plano, y que uno de ellos se sitúa siempre más cerca de la causa de los dominados (socialmente y, a menudo, también científicamente); lo cual ocurre no sólo dentro del campo (particularmente a través de las características sociales de sus defensores) sino también fuera de él (donde es más difícil juzgar sobre esos términos, pues si la crítica propiamente científica recusase, en su principio mismo, la alternativa que los opone, podría parecer inspirada en una suerte de indiferentismo conservador).

De todos modos, nada es más contrario al progreso de una ciencia social autónoma que la tentación del populismo. Quienes por «servir a la causa» de los dominados (es decir, a la de las minorías sexuales o étnicas de los Estados Unidos de hoy, o a la «causa del pueblo» en la Francia de los años setenta) abdican de las exigencias científicas (a veces, en nombre de su elitismo o —más ingenuamente— de algunos vínculos con compromisos conservadores) no sirven realmente a las causas que creen defender, las cuales, a su vez, se encuentran —al menos en parte— íntimamente ligadas a la *causa de la ciencia* (la única, en cualquier caso, que incumbe a un investigador).

La reducción de lo «político» que resulta de ignorar la lógica específica de los campos científicos, implica una renuncia (por no decir una dimisión) por parte del investigador, que consiste en reducir su papel al de un simple militante, sin más fines ni medios que los de un político corriente. Hacerlo significa anular, en tanto científico, no sólo su capacidad de poner las armas insustituibles de la ciencia al servicio de los objetivos perseguidos, sino, sobre todo, su capacidad de aportar medios para comprender, por ejemplo, los límites que los condicionantes sociales de las consignas militantes imponen a la crítica y a la acción militantes. No hay que olvidar que, a menudo, esta crítica y esta acción son reducidas a simples inversiones de las posiciones dominantes y que, por lo mismo, resultan muy fácilmente reversibles, como lo atestiguan muchas trayectorias biográficas.¹³

No obstante, más que de una prédica epistemológica —armada incluso de una sociología reflexiva de los campos de producción—, de donde se puede esperar un progreso real de la razón científica en las ciencias sociales es sólo de una transformación de la organización social de la producción y circulación científicas y, en particular, de las formas de intercambio en y a través de las cuales, se efectúa el control lógico; y es aquí donde puede intervenir una *Realpolitik* de

¹³ Es asombroso que Foucault, que —al menos en Estados Unidos— se ha convertido en el santo patrón ritualmente invocado (más que el maestro en pensar) de todos los movimientos subversivos, sea sometido a tal reducción por parte de los predicadores de la restauración (cf. James Miller, *The Passion of Michel Foucault*, New York, Simon and Shuster, 1993, y la crítica que de él hace Didier Eribon en *M. Foucault y sus contemporáneos*, Paris, Fayard, 1994, pp. 22-30). No obstante, al reducir todo el pensamiento de Foucault a su homosexualidad, ellos no hacen sino invertir la posición de quienes pretenden canonizarlo por haber sido homosexual (cf. David Halperin, *Saint Foucault. Two Essays in Gay Hagiography*, Oxford, Oxford University Press, 1995).

la razón, armada de un conocimiento racional de los mecanismos sociales que operan en el campo de las ciencias sociales, tanto a escala nacional como internacional.

Uno de los objetivos que puede darse de semejante política, es el de reforzar todos los mecanismos que contribuyan a unificar el campo científico mundial (favoreciendo la circulación científica), a contrarrestar el imperio de los imperialismos teóricos o metodológicos (o simplemente lingüísticos), y a combatir, mediante el recurso sistemático al método comparativo (y en especial a la historia comparada de las historias nacionales de las disciplinas), la ascendencia de las tradiciones nacionales o nacionalistas, generalmente reinterpretadas en las divisiones por especialidades y por tradiciones teóricas o metodológicas, o en las problemáticas impuestas por las particularidades o de los particularismos de un mundo social necesariamente provincial.

Aunque —pese a lo que piense Habermas— seguramente no existen los universales transhistóricos de la comunicación, lo que sí existe con certeza son las formas institucionalizadas de comunicación que favorecen la producción de lo universal; formas cuya lógica se inscribe en una relación social de la discusión regulada, basada en una tópic y en una dialéctica.

Los lugares (*topoi*) son una manifestación visible de la comunidad de problemática, o sea, del acuerdo sobre los terrenos de desacuerdo que es indispensable para discutir (en vez de mantener monólogos paralelos). Es ese el espacio de juego que se trata de establecer, pero no sobre la base de prescripciones o proscripciones morales, sino creando las condiciones sociales para una confrontación racional que apunte a instaurar a escala internacional no el *working consensus* de una ortodoxia sostenida por la complicidad entre intereses de poder sino una comuna axiomática racional, o —por lo menos— un *working dissensus* basado en el reconocimiento crítico de las compatibilidades e incompatibilidades científicamente (y no sólo socialmente) establecidas. Este espacio de juego es el lugar de libertad que la ciencia social puede darse aplicándose decididamente en conocer las determinaciones sociales que pesan sobre su funcionamiento y esforzándose en instaurar los procedimientos tanto técnicos como sociales que permitan trabajar eficazmente —o sea *colectivamente*— para dominarlos.

(Traducción de Irmi Gentges)